

# Convencionalismos y sub-versiones epistemológicas

José Francisco Puello-Socarrás\*

*La vía propia de acción, ciencia y cultura, incluye la formación de una nueva ciencia, subversiva y rebelde, comprometida con la reconstrucción social necesaria, autónoma frente a aquella que hemos aprendido en otras latitudes y que es la que hasta ahora ha fijado las reglas del juego científico, determinando los temas y dándoles prioridades, acumulando selectivamente los conceptos y desarrollando técnicas especiales, también selectivas para fines particulares.*

**Orlando Fals Borda**, *¿Es posible una sociología de la liberación?*

*La ciencia política está enferma, su actividad servil y mísera, su propuesta innovadora es vil.*

**Antonio Negri**, *El monstruo político.*

## 1. Preliminar

En todas las épocas, comenzando por la más remota antigüedad, *La Política* ha sido objeto de las más diversas provocaciones.

Desde los antiguos aforismos sapienciales, pasando por la sistematización filosófica moderna, ó más recientemente bajo el influjo contemporáneo del pensamiento dominante y su pretensión de indagación “científica”, las maneras de comprender y los modos de reflexionar sobre La Política testimonian una preocupación constante. También bastante polémica.

Este impulso, visto a lo largo del desarrollo de la historia del saber político permanece hasta ahora como un hecho incontestable. Precisamente, la posibilidad de contar con un análisis de La Política rigurosamente *científico* es el nudo gordiano que sigue generando las más diversas controversias.

Al examinar la relación histórica entre la producción del conocimiento y la constitución de un marco para el pensamiento político bajo el discurso de la Ciencia, el cual no sobra decir, encuentra su sustento actual en las convicciones y presupuestos típicos de la Razón y la Lógica modernas y que, hoy en medio de la crisis profunda en la que parece debatirse, se podría señalar que la llamada “ciencia política” en general no sólo estaría, como sugestivamente plantea Negri, *enferma* sino que además - habría que añadir - resultaría anacrónica y obsoleta, epistemológicamente hablando.

---

\*Politólogo de la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Administración Pública y estudiante del Doctorado en Ciencia Política en la Universidad Nacional de San Martín (Argentina). Becario CONICET. Actualmente, se desempeña como asistente de docencia en la Universidad Nacional de San Martín (Argentina).

Es más. Se podría sospechar que la actividad servil en la propuesta “innovadora” que se le imputa, estaría muy relacionada con este (in)suceso.

A propósito de las discusiones en torno a la necesidad de reactualizar la política como ciencia, por lo menos cuatro respuestas han intentado desatar este debate.

La primera alternativa se inscribiría en torno a cierto *postmodernismo vulgar* -para diferenciarlo del llamado pensamiento postmoderno en general.

Esta postura, extremista en su “crítica” al pensamiento clásico y a la ciencia tradicional y un énfasis exuberante sobre el final de las meta-narraciones -entre ellas, la fe en la razón-moderna-, sugiere para este asunto una especie de *fuga mundi*. Parafraseando a Joseph Fontana, este *viraje a la postmodernidad* - para el caso de la reflexión política - traería consigo un exagerado reduccionismo relativista que haría imposible cualquier empresa científica, instalando una solución peligrosamente irreflexiva.

Existe una segunda respuesta que considera esquemáticamente una separación casi irreconciliable entre el estatuto científico de las ciencias naturales y las sociales, división que rememoraría esa vieja distinción decimonónica entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura<sup>1</sup>. Subraya la infranqueable especificidad del fenómeno social-humano y una ruptura epistemológica fundamental -o, si se quiere, una discontinuidad- entre las diferentes maneras de producción del conocimiento, la delimitación de los objetos de estudio, las metodologías, en fin, diversos obstáculos que harían frívolo cualquier intento por lograr un discurso científico en general y sin adjetivos, así como también una relación dinámica entre el mundo del conocimiento “artificial/humano/social” y el “natural” (no-humano).

A pesar de que esta postura encara efectivamente los mínimos del debate y avanza en muchos aspectos, la ambigüedad con la cual se relativizan y aíslan algunas cuestiones -entre ellas, la separación tajante entre cultura/naturaleza - impone la presencia de un relativismo moderado que - aunque plantea interesantes progresos en las discusiones - sigue entabando la integración actualizada del saber político a partir de conocimientos logrados desde “otras” ciencias. Parecería que, en este sentido, no habría salidas alternativas en la articulación de la ciencia política por fuera de las ciencias sociales<sup>2</sup>. Esto preventivamente implica serios riesgos de anquilosamiento para el pensamiento político, más si se tiene en cuenta el panorama intelectual y los paradigmas vigentes que prevalecen en el ambiente disciplinar.

Otra postura exhibe una tercera posición: confiesa la posibilidad de tomar estratégicamente aportes hoy por hoy disponibles desde “las nuevas orientaciones del pensamiento científico más avanzado” -las mal-llamadas “ciencias duras”- e incluso prevé que ello propiciaría una apertura epistemológica de la teoría social.

Sin embargo, advierte al mismo tiempo que, en la mayoría de los casos, este tipo de desarrollos en las ciencias contemporáneas - como por ejemplo, en la

---

<sup>1</sup> “¿Podemos acaso suponer que un fenómeno social posee la misma naturaleza ontológica que los fenómenos de la naturaleza? Mal que les pese a muchos, esta igualdad no reviste equivalencia posible. La relatividad de los fenómenos culturales impiden la posibilidad de trazar leyes en el sentido que las mismas poseen en el campo de la naturaleza. Esto no imposibilita establecer mecanismos causales, posibilitar generalizaciones, o intentar predicciones; pero éstas deben acotarse a su matriz histórica” (Bulcrouf y Vázquez 2004, 300).

<sup>2</sup>Una posición análoga, a raíz de la crisis de la ciencia política (usamericana) es la que recientemente ha adoptado Giovanni Sartori, para quien “la ciencia política dominante ha adoptado un modelo inapropiado de ciencia (extraído de las ciencias duras, exactas) y ha fracasado en establecer su propia identidad (como ciencia blanda)” (Sartori 2003, 350).

física cuántica – aunque son valiosos e interesantes resultan ser escasamente operativos y, con frecuencia, inaplicables si no irrelevantes. La transacción de nuevos conceptos y nociones, herramientas analíticas, etcétera, sería entonces una maniobra extremadamente difícil como para dar con una base ideológica nueva y firme para la generación de conocimiento científico en política (Borón 2000).

Finalmente, identificamos una última actitud que reivindica - por decirlo de alguna manera - el despropósito y la inercia. Enclaustrada en los oráculos teóricos más entusiastas y que inveteradamente han auxiliado al pensamiento único y las posturas hegemónicas de la disciplina, esta versión se propone profundizar los enfoques dominantes actualmente existentes, muy a pesar de que además de anacrónicos y obsoletos, éstos muestran progresivamente su incapacidad para aproximar con algún grado de verosimilitud la compleja realidad política. Ni siquiera en sus aspectos básicos esenciales.

En esta postura se protege una actitud irreflexiva, fetichista y, por lo tanto, para el ambiente científico e intelectual hoy, tozudamente anti-científica. Mientras tanto, sus más acérrimos defensores pretenden seguir proclamando exactamente lo contrario<sup>3</sup>. Para ilustrarlo de algún modo, esta perspectiva pretende penetrar las profundidades del universo intergaláctico equipado con una lupa y aduciendo que la tierra es plana.

Muy esquemáticamente ó, si se quiere, bajo un tono canónico, se trata del esquema-tipo que los enfoques autodenominados “científicos” han introducido desde sus inicios a partir de la “ciencia política” contemporánea (usamericana) y que en adelante denominaremos: *Political Science*; tradición que también ha sido heredada y compartida por algunas orientaciones de la Política Comparada -*comparative politics*.

En ambos casos se sigue desesperadamente guardando la esperanza desproporcionada y para el momento actual inadmisiblemente de la superioridad innata y exclusiva de los parámetros epistémicos del pensamiento clásico moderno y de las supuestas bondades - para ellos, aún vigentes - del modelo teórico y analítico neoclásico -específicamente: angloamericano y proveniente de la teoría económica. Desde luego, esto implica un rechazo enmascarado de las contribuciones científicas emergentes<sup>4</sup>.

En esta postura, la opción sería en imponer un “no futuro” para la ciencia política – epistemológicamente hablando – e insistir en una ortodoxia que opone férrea resistencia a las transformaciones más actuales tanto del mundo en concreto como de la ciencia en abstracto<sup>5</sup>.

<sup>3</sup>Propuestas para llevar una supuesta de renovación para la disciplina, como la que sugiere la recientemente laureada con el premio nobel (¡de economía!), la ‘cientista política’ usamericana Elinor Ostrom, es un claro ejemplo sobre los límites de la no-alternativa que representa “innovar” los viejos análisis y métodos en aspectos superficiales sin instalar una ruptura fundamental y una discusión de fondo, empezando por la naturaleza epistémica y social de la disciplina hacia el futuro, en el campo de producción y ‘aplicación’ del conocimiento político. (Ostrom 2002, 191-192)

<sup>4</sup>Sobre los detalles del “modelo-tipo” neoclásico básico (ortodoxo, de corte usamericano): Puello-Socarrás, J. F. *Nueva Gramática del Neo-liberalismo. Itinerarios teóricos, trayectorias intelectuales, claves ideológicas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008, pp. 56-70.

<sup>5</sup>Puello-Socarrás, José Francisco, *El oráculo de los entusiastas. La teoría del Rational Choice en política: ¿una decisión irracional? (ante todo, después de todo)*. Mimeo. No pretendemos desconocer que: a) la Ciencia Política Usamericana (*Political Science*) se reduce ó se agota exclusivamente en este tipo de enfoques; b) Que la Política Comparada y mucho menos las diferentes escuelas y aproximaciones que la constituyen sean, para este caso, exclusivamente usamericanas; c) Que enfoques como “la elección racional” (*rational choice*) hayan tenido otros desarrollos en los últimos tiempos. De hecho, un nuevo enfoque del *rational choice*, alejado de la postura “clásica”, ha querido abandonar las asunciones de la teoría económica neoclásica (en su versión ortodoxa y angloamericana) pero su influencia es – hasta ahora - marginal. (Zuckerman 2009, 77). Con el ánimo de llevar adelante la discusión en sus aspectos más generales, intentamos destacar algunas tendencias

Así las cosas y en nuestro concepto, ninguna de las alternativas anteriores resulta completamente satisfactoria ante los retos intelectuales y epistemológicos más actuales.

Pensamos que una variedad de aportes estratégicos emergentes contribuyen hacia perspectivas más relevantes y ajustadas a la complejidad de las realidades hoy por hoy presentes en la política de las sociedades contemporáneas y, de paso, liberarían la actual 'ciencia política' -y a la política misma- de sus ataduras más habituales.

Con este propósito, intentamos una cartografía – todavía muy preliminar pero que puede animar el debate hacia el futuro - en torno a la situación y la condición del pensamiento político, es decir, la producción del discurso científico de la política *vis-à-vis* los principales desafíos que se plantean a nivel epistemológico en las Ciencias en general y en la llamada Politología en particular.

La división en los modos de apprehender la política hoy vigentes y que aquí condensamos alrededor de la categoría *Politología* nos permite identificar el plano epistemológico por excelencia que posibilitaría comprender la producción histórica del pensamiento y el conocimiento políticos, sobre todo, desde su evolución en la época moderna bajo un tono considerado hoy “filosófico” pero con mayor atención en las épocas recientes donde el epílogo contemporáneo que significa la *Political Science* hegemónica y dominante resulta protagonista.

Comenzamos por rastrear algunas de las particularidades del carácter epistémico de la 'filosofía' y la 'ciencia' políticas -la Politología-, problematizando los corolarios que eventualmente surgen de la exigencia de adoptar/adaptar el discurso de la ciencia en general al interior de las modalidades de reflexión que corrientemente son consideradas legítimamente disponibles en el análisis político.

Se interponen así dos de las más importantes contribuciones estratégicas provenientes desde los nuevos horizontes de la Ciencia actual con el fin de advertir las posibilidades de integrar las novedades emergentes en los marcos tradicionales del saber politológico y pensar en la posibilidad de una politología renovada ó, lo que es lo mismo en nuestros términos: una Ciencia DE LA Política - cuestión diferente a la “ciencia política” (*Political Science*) – la cual, necesaria y complementariamente, debe extender sus horizontes en un más allá de la tópica clásica, moderna y lógico-racionalista (*politología*) e incluir la nueva tópica científica contemporánea y simbólica -que denominamos, por contraste a la primera, *mítico-política*.

## 2. La Ciencia en la Política. Algunas invariantes epistémicas

Aún después de haberse institucionalizado el término *ciencia política*, esta voz sigue presentando una ambigüedad pasmosa.

Lo anterior, fruto de diferentes situaciones históricas, epistemológicas y, por supuesto, concretas en los campos académicos, científicos y políticos relacionados estrechamente con los cambiantes contextos en los que se ha visto inmersa la evolución de la disciplina. Igualmente por las diferentes luchas entre poderes y saberes, en su afán por definir y conceptualizar la Política y lo político, en sí mismos *acontecimientos sociales* – dinámicos y, desde luego, contradictorios - en diferentes espacios y épocas.

---

que se derivan de la hegemonía y el dominio que pretenden una serie de paradigmas en la manera como han evolucionado las discusiones fundamentales en el campo del conocimiento político actual.

Sin embargo, ¿a qué nos referimos cuando proponemos hablar de una *Ciencia DE LA Política*? O, de otra manera: ¿cuál es la razón por la que el pensamiento sobre la Política se haya obsesionado con las temáticas epistemológicas? ¿Por qué este afán inusitado de la Política en presentarse como científica?

## 2.1. Politologías en (retro)perspectiva social-histórica

Si consideramos la evolución moderna y contemporánea del pensamiento político en perspectiva social-histórica podríamos caracterizar la Ciencia de la Política, en primer lugar, como *Politología*<sup>6</sup>.

Entre otros, Norberto Bobbio es quien ha puesto de presente que, retrospectivamente hablando, el estudio de la política podría dividirse – sólo con propósitos pedagógicos pues esta división es claramente ficta – en dos vertientes didácticamente diferentes: por un lado, la *filosofía política* y, por otro, la *ciencia política* -para nuestros propósitos, la *Political Science*, la cual venimos diferenciándola de una *Ciencia DE LA Política* (Bobbio 1985)<sup>7</sup>.

Bobbio propone que estos dos estilos - lejos de ser puros - pueden distinguirse en varias cuestiones básicas.

Por un lado, la *Political Science* emerge sobre ciertos criterios, considerados “científicos”, entre los cuales podríamos destacar: a) el *principio generalización y validación* (verificación ó falsificación) de regularidades sintetizadas en hipótesis que avalan la aceptabilidad de sus resultados; b) la *primacía de los nexos causales* y de las *técnicas racionales* en la indagación de los fenómenos<sup>8</sup>; c) el *principio de avaluabilidad*, si se quiere, la abstinencia de formular “juicios de valor” que puedan consagrar algún tipo de neutralidad de sus conclusiones. Aquí se revela un vaciamiento (detrimento) de las cuestiones subjetivas e ideológicas en nombre de una supuesta objetividad que deifica la tradicional separación entre sujeto y objeto la cual, llevada a su esquema típico, es la base del conocimiento científico moderno, especialmente en su versión clásica.

Por otro lado, la *Filosofía Política* estaría interesada en buscar los principios normativos en la construcción de los discursos políticos (Quesada 1997:13). O en los términos sugestivos de Bobbio: la indagación por la óptima república, el mejor Estado, la legitimidad del poder político.

<sup>6</sup>Me referiré a *politología* como el término genérico del saber/reflexión de emphlo político, que recoge tanto la versión filosófica como la pretendida exposición científica del pensamiento político. Marcel Prelot ha indicado, en una brillantísima reconstrucción del término “politología”, la utilidad universal de este neologismo, contra la expresión “ciencia política”, debido a la ambigüedad que éste genera en otros idiomas. Por ejemplo, en Alemania, donde – aprecia Prelot – la traducción de “ciencia política” termina significando “la ciencia politizada”, *Politische Wissenschaft*, impide “la costumbre alemana de nombrar a los profesores”, de acuerdo a su especialidad. Otra virtud, es que a diferencia de la *political science*, con la acepción “politología”, ambos términos – polis y logos – son tomados del mismo idioma. En suma, una versión que, desde la misma expresión, no resulta arbitraria. (Prelot 1961, 13)

<sup>7</sup>La misma intuición tiene Bourdieu cuando insinúa: “*la ciencia social en el sentido moderno del término (...) en oposición a la filosofía política de los consejeros del príncipe (...)*” (Bourdieu 1993: 96-97).

<sup>8</sup>Habría que contemplar la afirmación de Bobbio en dos sentidos y, en esa forma, “complementarla”: i) Cuando se habla de “verificación” y/o “falsificación” se está aludiendo a las aproximaciones desarrolladas por el *racionalismo crítico* (deductivo, del tipo Karl Popper) y al *empirismo lógico* (inductivo, del tipo Carnap), no olvidemos, las dos corrientes de la filosofía de la ciencia “clásica”. De allí, ii) garantizar la primacía de los “nexos causales” supondría no sólo la utilización de técnicas “racionales” sino también herramientas “lógicas”; o, si se quiere, considerándolas en conjunto, la hegemonía de herramientas “lógico-racionales” para la indagación de la política. Por lo tanto, la cuestión analítico-empirista, en este caso, es meridiana y no debe aislarse (Busshoff 1976, 314).

Se advierte - bajo esta perspectiva - una distancia casi indefendible entre la Filosofía Política *vis-à-vis* la postura "científica". Por ejemplo, la Filosofía Política no podría retener un carácter avaluativo; como indagación del fundamento último del poder no podría pretender "explicar" el fenómeno del poder en los términos de la *political science* sino más bien justificarlo -"calificar un comportamiento como lícito o ilícito", plantea Bobbio- lo cual resulta imposible sin remitirse a valores; como investigación de la esencia de la política estaría alejada del criterio de verificación -o falsificación- empírica pues la presunta "esencia de la política" se desprende de una definición nominal y "como tal no es verdadera ni falsa" (Bobbio 1985, 71-72).

Esta división se promovió en el momento en que la vieja perspectiva de la filosofía política se "actualizó" con el nuevo tratamiento en el marco del discurso "científico" provocando el efecto colateral de estipular además una división insalvable en el tratamiento de las problemáticas políticas pero sobre todo en su método y sus objetos específicos de ocupación y preocupación.

En esta versión, la cuestión "científica" de la política enfrentaría sus problemáticas desde una visión "objetiva" donde axiomas, proposiciones y corpus teórico reflejarían los parámetros de la ciencia moderna en todas y cada una de sus conclusiones. Un proceso que - según la mayoría de las opiniones - se iniciaría con Maquiavelo y, muy seguramente, terminaría a la luz del "éxito" y la "productividad" que han obtenido los sucesivos paradigmas dominantes, desde la revolución conductista hasta la sistémica, situación que se mantendría incólume hasta los enfoques racionalistas de la política comparada (Rubio Carracedo 1990, 34).

Sin embargo, sobre este asunto quedan sin resolverse algunas cuestiones.

Creemos que la tensión entre ciencia y no-ciencia o ciencia *contra* ideología -y, sin más, asumida en equivalencia a la discusión contemporánea en la disciplina: "ciencia *versus* filosofía"- supone una interrogante central en cuanto esta división es simplemente inexistente, un señalamiento demasiado inconveniente y erróneamente formulado si no se evita establecer la discusión en términos concretos, sociales e históricos, tomando en cuenta el desarrollo mismo de la disciplina.

El carácter transhistórico de la reflexión de la Política nos permitiría replantear la relación entre *ciencia* y *filosofía* en *política* y restablecer una dimensión más pertinente. Sintéticamente: el pensamiento político en su versión de filosofía política no puede ser considerado "pre/no-científico" - algo así como una *ciencia política* incipiente - ni la *Political Science* o la *Comparative Politics* alguna suerte de Filosofía Política "evolucionada".

Acerquemos tres ejemplos ilustrativos.

El primero lo tomamos de la antigüedad griega, sobre todo, por la referencia automática que surge a la hora de hablar de la Política. Aristóteles seguramente es recordado como uno de los pioneros en la formulación de las reglas subyacentes al análisis en política. El consenso sobre el particular es tan antiguo como extendido. No obstante, sus contribuciones generalmente no se incluyen como parte de la ciencia en política. Al Estagirita se le atribuye una aproximación sistemática, profunda y reflexiva de la política pero lejos de ser posicionada como un pensamiento auténticamente científico. Se habla generalmente de Aristóteles en estos temas como un "filósofo

político”; nunca como un científico de la política<sup>9</sup>.

Contrario al sentido común, Aristóteles es un digno y fiel representante de la producción genuina de Ciencia en Política. Bastaría con analizar adecuadamente su concepción sobre ella para advertir que el intento aristotélico configura una empresa científica en el sentido más riguroso y potente del término. Veamos.

En su obra más famosa, *Politeia* -traducida en la mayoría de los casos como: *La Política*-, Aristóteles se propone descubrir los *principios* políticos (*arkhai*) que rigen el Orden de una comunidad humana. Se trata de un intento riguroso por investigar la naturaleza del ser humano en su realidad concreta. De hecho, los conceptos *Zoon Politikon* (“Ser Político”) y *Politeia* son axiales para dar con esta indagación. Detengámonos en éste último concepto de Aristóteles pues aquí se revela contundentemente el carácter científico del pensamiento político aristotélico.

La palabra *Politeia* se refiere a la “Constitución Política” y, al mismo tiempo, a la Ciudadanía Política de las ciudades-Estado; desde luego, éstas son una de las raíces de la palabra “Política”.

Pero aunque esta traducción literal resulta lícita, la interpretación del concepto se ha enrarecido gracias a la adecuación mecánica entre el término y su significado inmediato y, con ello, el sentido real de la voz ha venido agotándose solamente en uno de los tantos sentidos que ella expresa dentro del corpus de la teoría política aristotélica, a veces, sin tener en cuenta la compleja semántica que se deriva del espacio-tiempo en que emerge.

Para hacer inteligible este concepto de Aristóteles hay que bifurcar el término por lo menos en dos direcciones. Por un lado, en el sentido de “la Constitución” (Política), tal y como hoy la entendemos: el máximo orden legal existente en las sociedades. Si se quiere, el entramado legal de los derechos y deberes ciudadanos. Por supuesto, éste era también uno de los sentidos de la palabra *politeia* en la antigüedad griega. No olvidemos que las leyes escritas de la ciudad se publicaban en las murallas de Atenas para recordarles a los ciudadanos (*polites*) cómo debían comportarse y qué derechos tenían.

Por otro lado, esta designación evaluada a partir de criterios socio-históricos planteaba otra situación adicional: *Politeia* en tanto “la Constitución” de la Comunidad Política. Esta referencia ahora, situada en un más allá de la dimensión legal, condensaba interrogantes del tipo: ¿de qué está *constituida* ó *compuesta* tal o cual comunidad?; ¿a qué *orden* obedece? – en el doble sentido de la afirmación “obedecer” –; ¿qué *instituciones* la conforman?: la co-institución, *constitución*, de la comunidad política en términos de sus costumbres, tradiciones, hábitos prevalecientes, etc.; ¿cuál es la *forma* y de qué está *formada* dicha comunidad?: la modalidad y los modos prevalecientes en las relaciones humanas, entre los ciudadanos, etc. En últimas, *politeia* interrogaba sobre ¿cuál es la “naturaleza” de la comunidad política?

Ahora bien, Aristóteles erige su *teoría* en general y la *politeia* en particular - contrario a lo que comúnmente se cree - desde el concepto, si bien “antiguo”, de *movimiento*, ¡concepto que desarrolla en su *Física*!<sup>10</sup> El cambio de la realidad -la modificación de

<sup>9</sup>Estos calificativos y distinciones desde luego no existían en la Atenas del siglo IV a.C., pero acudimos a ellos sólo con el ánimo de ilustrar nuestra idea.

<sup>10</sup>“Puesto que la naturaleza es un principio del movimiento y del cambio, y nuestro estudio versa sobre la naturaleza, no podemos dejar de investigar qué es el movimiento; porque si ignorásemos lo que es, necesariamente ignoraríamos también lo que es la naturaleza”. Aristóteles, *Física*, Libro III, “El Movimiento”. Frecuentemente se relaciona directamente con la *Ética a Nicómaco* sin advertir su relación con la *Física*.

su *ser-* como lo proponen sus observaciones y las mismas conclusiones a las que llega en la Física: conocer las causas y los principios constitutivos de la Realidad, están plenamente presentes a nivel político. Basta recordar de qué manera el Estagirita analiza las constituciones políticas, en el doble sentido de la afirmación, como un ajuste -“equilibrio”, podríamos proponer en palabras de hoy- entre la naturaleza de las comunidades y sus *nomoi*, las leyes y normas, etc. Es más, en sentido general la motivación de su epistème en política es conocer los *arkhai* (los principios), lo que “gobierna” (*arkhé*) esa realidad (política). Aquí mantenemos también el doble sentido de la afirmación.

En Aristóteles esta “transferencia” es unívoca y sugiere que – como en la Física y guardando cuidadosamente las proporciones - la investigación sobre la política es un conocimiento sobre sus fundamentos, y con ello, un saber que en su propio sistema de referencia social-histórico no podría calificarse como un saber débil o inferior o subordinado sino todo lo contrario: autorizada y sólidamente científico<sup>11</sup>.

El segundo ejemplo es moderno: Thomas Hobbes. Para nadie es un secreto que el propósito de Hobbes en sus incursiones intelectuales fue construir una verdadera *ciencia social* que permitiera superar las disputas en torno a las cuestiones políticas. Insistimos en que la pretensión hobbesiana era, sin lugar a dudas, *científica* aunque para algunos desprevenidos se valora como puramente filosófica. ¿Qué hizo Hobbes?

La Física de Newton es uno de los planos reflexivos desde el cual es posible pensar los problemas políticos para Hobbes. Y aquí nos encontramos ante la política bajo la forma de *epistème*, ciencia, que bajo el *nuovum methodum* hobbesiano transforma la geometría de los objetos físicos en una geometría de lo social -y de la política, por supuesto- con el fin de descubrir la naturaleza de las cosas. No se equivoca Cassirer cuando sobre el particular planteaba: “Desde el comienzo mismo de su filosofía, su gran ambición era crear una teoría del cuerpo político, igual a la teoría de los cuerpos físicos de Galileo: igual en claridad, en método científico, en certidumbre” (Cassirer 1946:146).

Y es que muchas veces no se advierte que en la época de Hobbes la frontera entre *ciencia* y *filosofía* era inexistente<sup>12</sup>. El siglo XVII la filosofía era abierta y explícitamente una actividad científica. Por aquel tiempo, los criterios corrientemente aceptados establecían distinciones entre la filosofía científica y otra, considerada “no-científica”.

Aún más allá, Hegel por ejemplo, el filósofo por antonomasia de la Modernidad,

<sup>11</sup>Desde luego, habrá que advertir la salvedad que en la antigüedad clásica la división entre ciencias, como sucede moderna y contemporáneamente era prácticamente inexistente. Aunque la polémica puede ser ardua vale la pena recordar:

“( . . . ) PHYSIS no era una región especial del ente, sino que en la tradición griega designaba todo cuanto existe en el Universo: los astros, la materia inerte, las plantas, los animales y el hombre. El surgimiento en el siglo VI de una ciencia de la PHYSIS, en este sentido, fue el gran hecho que decidió el destino del pensamiento griego. Lo que la expresión PHYSEI ÓNTA quería significar en el legado de los jonios es que las cosas provienen y se fundan en la PHYSIS, que la PHYSIS es su entidad misma, lo que las hace estar siendo en sus más diversas mutaciones y vicisitudes, que para ser hay que llegar a ser y que la PHYSIS es el gran protagonista del devenir de lo real, de cuanto es y acontece” (Echandiá 1995, 10).

<sup>12</sup>Guardando las proporciones, esta situación aplica, entre otros tantos ejemplos, para el caso de la teoría política de Agustín, de gran impacto (trans)histórico pues la división tácitamente *moderna* entre fe y razón resultaba en su tiempo inocua: una ciencia que no estuviera basada en la fe racional del Dios Cristiano, simplemente, era *ficta*. La Ciencia “Pagana” es una contradicción en términos pues no hay camino hacia la verdad por fuera del Dios universal para Agustín. (Puello-Socarrás 2009). La división entre los discursos de la *filosofía* y la *ciencia* es una referencia típicamente *contemporánea* que deviene con el surgimiento de las llamadas Ciencias Sociales desde finales del siglo XIX.



hablaba de la *Filosofía Especulativa*, la cual lejos de tener como referencia lo que podríamos interpretar hoy como “especulativo” - muy próximo a lo *doxático*, la opinión sin fundamento -, se trataba de una filosofía plenamente científica -ó, si se quiere, una “ciencia-filosófica”, si partimos de nuestro propio lugar y tiempo de enunciación y desde nuestros propios /¿pre?/juicios sobre el particular para referirnos retrospectivamente a esta división y mostrar su despropósito.

Ciertamente, Hegel estaba hablando de Ciencia en el sentido más penetrante de la palabra. En su caso con el objetivo de establecer una crítica científica al modelo político de Hobbes a Kant, el iusnaturalismo, en torno a la Ciencia del Estado, la *ciencia política* de su tiempo, un debate que recorre todo el siglo XIX y que, por supuesto, actualmente sigue generando diferentes polémicas que al momento sobreviven como *clásicas*. Sólo así se entiende que el texto del joven Hegel de 1802 y que precisamente tenía ese propósito, se titulara: “*Sobre las distintas maneras de tratar CIENTÍFICAMENTE el derecho natural*” (énfasis nuestro) (Hegel 1979). Para Hegel la gran tarea de la Filosofía estaba en “Comprender lo que es” y aprehender “lo presente y lo real” porque *lo que es*, es la razón, una cuestión que sin tener en cuenta una inspección social-histórica del asunto y considerada sólo en abstracto, es decir, imponiendo sin más los criterios que aseguran la división tajante entre filosofía/ciencia, normativo/positivo, “lo que es”/“lo que debería ser”, fronteras que tienen efectos prácticos para otra época, antes que iluminar las reflexiones terminan obscureciéndolas. Para el caso de Marx, evidentemente, sobrarían las infinitas referencias sobre la institución de una *ciencia del proletariado*, marcadamente, política.

El último ejemplo puntual se sintoniza con nuestros tiempos, con ocasión de los prolegómenos de una *ciencia política* en términos de las ciencias sociales contemporáneas. Por supuesto, hablamos de Gaetano Mosca, considerado el “fundador” y promotor original de una ciencia política en el sentido contemporáneo del término.

Y es que su obra máxima titulada sin ningún tipo de cortapisas: *Elementos de ciencia política* (en su primera edición de 1898 y en la segunda que data de 1923) logra establecer para la *ciencia política* un estilo apegado a los criterios instituidos del conocimiento científico de su tiempo, inscrito en el marco de las nacientes ciencias sociales: una disciplina *positiva* y *empíricamente* fundamentada. Mosca, desde un principio, acude a la Historia como una manera de encontrar una “explicación científica” de los fenómenos políticos mediante el *método de comparación*, es decir: el descubrimiento de las leyes constantes que regulan el nacimiento y la decadencia de los Estados. Más exactamente: la meta de la Ciencia Política mosqueana sería encontrar las “leyes psicológicas constantes que determinan la acción de las masas” ó, como lo amplía Bobbio a partir de Mosca, derivar las “leyes que regulan la vida de los organismos políticos” (Mosca 1995:10).

Estas “leyes”, inmutables y constantes emanarían de la *comparación histórica*, y ésta, en el horizonte de las nacientes ciencias sociales contemporáneas, aparecía como una práctica homóloga a la posibilidad que brinda el experimento científico en las ciencias naturales (Puello-Socarrás 2005 y 2006). Pero, como en los casos anteriores, Mosca si bien ocupa un lugar destacado en la historia de la disciplina – así en Aristóteles o Hobbes – el italiano es considerado un pensador destacado nunca un científico de la política. En los reconocimientos menos injustos es tratado apenas como un precursor

- algo así como un proto-científico - de la *ciencia política*, mote que en el desarrollo del siglo XX, con el epílogo usamericano de la *Political Science*, le adjudicaran a Easton, Dahl y sus seguidores como referentes fundacionales de la disciplina.

Hay que resaltar la pretensión de cientificidad como una invariante que orienta la producción de conocimiento y discurso científico en política, desde luego, si se mantiene con recelo el tiempo y la época histórica de los autores y no simplemente se evalúa arbitrariamente *ciencia* por un lado y *política*, por el otro.

Podemos concluir con base en estas incursiones, todas ellas bastante representativas de la historicidad de la disciplina, es que tendríamos que hablar retrospectivamente de distintas politologías, las cuales podríamos agrupar en una *ciencia* (“*en general*”) DE LA *política* en la cual han hecho presencia tanto “ciencias-filosóficas” (como la *political science*) y, al mismo tiempo, “filosofías-científicas” (como la *filosofía política*); es decir, *ciencias matizadas filosóficamente y filosofías matizadas científicamente*.

No existen razones para validar la escisión entre ciencia y filosofía, mucho menos si lo que se intenta contraponer es “ciencia/anti-ciencia”, en el estudio de la política. Incluyendo, categorías que aún imponen una distinción entre *ciencia política* y *teoría política* en muchos ambientes académicos, abiertamente vana e innecesaria.

El reciente mote de “ciencia política” que ha sido reservado exclusivamente para una ciencia-filosófica en específico: la *Political Science* -insistimos, bajo coordenadas de enunciación espacio-temporal específicas e imposibles de universalizar sin más: tradición anglosajona y últimamente, de cuño usamericano- y recientemente para algunos enfoques de la *Comparative Politics*, definitivamente es un prejuicio restrictivo. Más aún, inconveniente y limitativo.

Ahora bien, queda claro que dos de los soportes epistemológicos por excelencia de la ciencia política usamericana y la política comparada: el positivismo (racionalista) y el empirismo (lógico), sólo pueden ser tenidos como *dos opciones filosóficas* entre muchas otras aunque corrientemente éstos se hayan confundido y se igualen cándidamente a “la ciencia” en general y *stricto sensu*<sup>13</sup>.

Hay que advertir subsidiariamente que tanto la filosofía como la ciencia en este recorrido trans-histórico por el pensamiento político comparten un elemento característico: la prerrogativa de la lógica-racional como *la vía* para abordar el complejo mundo de la Política. Un aspecto que se exacerba desde la época moderna, planteando en la mayoría de los casos abusos.

Por esta razón, desde un principio planteamos una “Polito-logía”: categoría que siguiendo su etimología original da a entender “una aproximación a la Política (*la política*) a través del “*logoi*” -el logos que en términos modernos estrictamente sería la lógica-racional. En estos términos, se han venido desechando grandes oportunidades para acceder a maneras diferentes y alternativas de penetrar la(s) realidad(es) política(s) diferentes una disciplina donde imperan la lógica (formal) y la racionalidad (instrumental). Una situación que de paso mantiene hoy a la politología – así entendida

---

<sup>13</sup>Estas dos tradiciones influyentes en la confección de la *Political Science* han desarrollado vínculos privilegiados con el estatuto epistemológico de la teoría económica de tradición neoclásica ortodoxa (y específicamente ¡angloamericana!) hoy en decadencia, epistemológica y concretamente hablando. Al presente, el resurgimiento de las escuelas neoclásicas *heterodoxas* (con la ganadora del premio nobel ¡en economía!, la cientista política hayekiana E. Ostrom, decíamos antes) plantearían un nuevo - aunque problemático - auge (Puello-Socarrás 2009).

- en una fosilización poco favorable y ambigua (Puello-Socarrás 2005).

En una época en que las críticas hacia las formas clásicas del saber, la razón (instrumental) y la lógica (formal) arrecian y hasta constituyen un lugar común en las ciencias sociales, la politología estaría en deuda de adentrarse en estas temáticas.

Para no saturar las provocaciones en este sentido resulta bien sintomático notar que inclusive al interior de estas mismas posturas intelectuales, perennes defensores de estas apuestas como Giovanni Sartori han señalado recientemente que la disciplina “científica” de la política se encuentra en un marasmo, fruto – entre otras cosas - de su incapacidad de superar convenientemente el hiperracionalismo y el empiricismo, desde luego, el obsesivo empeño cuantitativista, haciendo que la disciplina se encuentre en una especie de sin-salida (Sartori 2002: 349-354)<sup>14</sup>.

¿Cómo pensar entonces una subversión de esta situación?

Los paradigmas reinantes en la Ciencia en general que han servido como guías para posibilitar un conocimiento científico en la Política han estado muy próximos, primero, a la Física -“antigua” en el caso de Aristóteles y después, con el influjo indiscutible de la Física Moderna newtoniana en Hobbes. En el caso de Mosca, por su parte, bajo el influjo de la física newtoniana aunque también de la naciente biología que despega sólo desde mediados del siglo XIX<sup>15</sup>. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón de esto? ¿Una simple casualidad?

La Física dentro de las ciencias naturales ha ocupado un lugar preponderante en vista de que alrededor de ella se ha realizado, por decirlo de alguna forma, la *crítica ontológica de la realidad*; es decir, tentativas por responder las preguntas fundamentales sobre “cómo es”/“por qué es” así la Realidad (física, desde luego). La Biología, subsidiariamente, se ha concentrado en el problema del *bios*, la *vida*, un atributo que, por lo menos contemporáneamente, nadie podría soslayar para analizar la vida política y los *organismos* sociales que la protagonizan<sup>16</sup>.

Estos desarrollos científicos han devenido en centrales para la forma cómo las ciencias humanas y sociales han querido repensar las nuevas perspectivas que ofrece el marco emergente de la nueva cosmovisión científica.

La Ciencia *de la* Política, en su primera versión de *politología* -filosofía política y ciencia política de profundo compromiso lógico-racional y empírico-positivista- no podría ser ajena a esta exigencia.

Vimos algunos detalles sobre la influencia de los avances científicos desde las ciencias consideradas “duras” en el campo intelectual de la política. La Antropología, la Sociología o la Psicología, han logrado ya hacer uso estratégico de estas aportaciones mostrando interesantes resultados.

<sup>14</sup>Otros entusiastas han querido ver en esta crisis en una suerte capitulación definitiva, una muerte de la disciplina, cuestión que solamente la compartimos parcialmente en su argumentación pero la rechazamos en su provocación (Cansino 2008). Easton (2002, 284), en una especie de *mea culpa*, ha reconocido tíbilmente algunas de estas dificultades, no obstante, interpreta que la disciplina estaría “tratando de desarrollar un nuevo sentido de su identidad y una nueva dirección o el sentido de su propósito” y, antes que en una crisis, se encontraría en una “transición” en su etapa post-conductista

<sup>15</sup>La biología emerge y se desarrolla sólo desde el siglo XIX principalmente con la *Hidrogeología* de Lamarck (1802), la cual presta el objeto de la nueva biología frente a la antigua *Historia animalium* de Aristoteles! quien también piensa la política en términos del *bios*.

<sup>16</sup>Resulta irónico pero mientras Mosca, por acercar un ejemplo presente en los señalados “filósofos especuladores, pre-científicos”, hablaba de la Política en términos de la *vida*, estrictamente de los *organismos políticos* – ¡los organismos se entienden en términos de “lo viviente”, entidades reales! -, la pretendida ciencia política dominante sigue enclaustrada en el concepto de *sistema político* que en su versión convencional (*input-output*) relaciona un “esquema” el cual sólo podría entenderse en clave de “(fríos) mecanismos”: ¡sin vida!

Sin embargo, el panorama en nuestra disciplina parece ser la tozudez en la que continúan sumergidas las opciones hegemónicas y dominantes en ciencia política, las cuales siguen negando la oportunidad para convocar muchos de estos aportes: *otras lógicas, otras razones* (desde la Física Contemporánea y la Biología, entre otros) que deberían ser considerados para incorporarse estratégicamente en el conocimiento de la *realidad* - política, desde luego - y lograr 'actualizar' nuestra disciplina<sup>17</sup>.

Cuáles aportes y en qué sentido podríamos abrir caminos alternativos desde las ciencias naturales *contemporáneas* y dejar atrás falsos perjuicios con la posibilidad de alcanzar una Ciencia *de la* Política a la altura de los desafíos actuales es el tema del siguiente apartado.

### 3. Aportes estratégicos e implicaciones teóricas del 'nuevo horizonte' científico

Citando un texto de Eddington, Michel Maffesoli ilustraba en una de sus obras, una anécdota que resulta bastante provocativa para nuestros propósitos:

*(...) Primero debo luchar contra la atmósfera que ejerce presión sobre cada centímetro cuadrado de mi cuerpo con una fuerza de 1 kg. Enseguida debo tratar de aterrizar sobre una plancha que gira alrededor del sol a la velocidad de 30 km por segundo; una fracción de segundo de atraso y la plancha queda a miles de kilómetros de distancia. Además la plancha no es de materia sólida. Si plantarse sobre ella quiere decir poner el pie sobre un enjambre de moscas. . . Es verdad, es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un físico atravesar el umbral de su puerta (...)* (Maffesoli 1993,55).

En un reciente artículo acerca de los avatares de la Ciencia Social en el nuevo milenio, Atilio Borón, intercalando algunas de las reflexiones que hemos venido presentando hasta ahora, valoraba el significado del famoso *Informe Gulbenkian* dirigido por I. Wallerstein a propósito de la actual crisis de la ciencia social (Borón 2000).

Tanto Wallerstein como Borón en ambos trabajos consideran que ante la radical y prometedora apertura epistemológica del *nuevo espíritu científico* - por utilizar una expresión de Gastón Bachelard - una de las tareas urgentes de las ciencias sociales hoy, sería profundizar críticamente los nuevos planteamientos y las recientes formulaciones del conocimiento en general para que puedan ser integradas en el marco del conocimiento social actual.

Pero, más allá de las valiosas conclusiones a las que llega, para Borón parecería que los nuevos conceptos y concepciones, sobre todo los provenientes de la física cuántica (v.gr. teoría del caos, atractores, no-linealidad, etc.), quedarían sin ningún tipo de relevancia específica en el terreno de las ciencias sociales. Es más, como él mismo se pregunta respecto a la teoría del caos para el caso de las situaciones sociales: ¿hasta qué punto la novedad de estos aportes podría llegar a traducirse en una base ideológica firme para superar las dificultades por las que atraviesa la teoría social?

<sup>17</sup>Esta tarea no es excluyente sino *complementaria* con la recuperación inevitable que habría que practicar en la disciplina de autores clásicos como Marx o Weber quienes no han sido incorporados en toda su dimensión en las discusiones disciplinares y que, a pesar de haber confluído con muchas cuestiones actuales en la nueva tónica científica, siguen sistemáticamente -seguramente también estratégicamente- evitados en diferentes debates en política.

En nuestro criterio, los nuevos avances no deben obstaculizar – tal y como sucede en la anécdota de Maffesoli que acabamos de sintetizar cuando imaginariamente un profesor de física contemporánea intenta cruzar el umbral de su puerta - sino más bien facilitar la comprensión de la realidad, en nuestro caso, la política.

La exigencia por sistematizar nuestra creciente complejidad histórico-social y abandonar definitivamente la simplificación simplista de las posturas de antaño y sus paradigmas (tanto las pretendidamente universalistas como la exageradamente particularizantes) es obligante.

Para ello se exige imaginación científica: *complejizar* -articulando las distintas dimensiones de las realidades, en plural- y no *complicar* al extremo nuestras preocupaciones; o, para parafrasear a Edgar Morin, el desafío es *tener la cabeza bien puesta, no llena*. Y es que la virtud de los nuevos aportes de las ciencias contemporáneas (como la física cuántica ó la biología contemporánea) deben ser cuidadosamente sopesados para evitar caer en el quietismo paralizante o en una suerte de paroxismo fatigante, esos mismos que hemos venido aquí denunciando.

Siguiendo esta clave y con la oportunidad que sugiere este debate en la vía de avistar una *Ciencia DE LA Política*, urgiría rearticular y aprehender los elementos conceptuales y los significados epistemológicos y heurísticos que la tópica científica de los nuevos tiempos ofrece. El propósito está en liberar a la politología en singular y a las ciencias sociales en plural del actual marasmo y convocar una disciplina mejor preparada para el presente y hacia el futuro.

Para ello exploramos enseguida dos alternativas que consideramos hoy centrales. Ambos ejemplos ofrecen luces sobre distintos aportes epistemológicos en relación con la dimensión simbólica en general (la producción cognitiva, de sentido(s) y significados) que, además de haber sido minimizada por la tradición moderna lógico-racionalista, son en este momento cruciales a la hora de permitirse abrir una dimensión que pueda reorientar nuevas usanzas y herramientas para aproximar las realidades políticas y, ojalá, reconstituir el pensamiento, el conocimiento y las visiones políticas – eruditas y cotidianas -, integralmente<sup>18</sup>.

Una de las razones para poner a tono la semántica de la ciencia y dar al traste con la ingenua ilusión de la exclusividad del carácter científico en el metarrelato que ha impuesto últimamente la *political science* dominante se convoca una reflexión en torno al significado de hacer ciencia hoy y preguntarnos ¿cuál es el *fundamento epistemológico* de la tópica científica actual?

El tema, por supuesto, resulta ser tan extenso como denso para desarrollarlo en unas pocas líneas.

Ensayamos – en todo caso - una especie de síntesis sobre lo que parecería estipular la actividad científica para el siglo XXI y que puede compendiarse en una frase que atrapa y conceptualiza la producción del pensamiento más contemporáneo: *una nueva visión del mundo*.

---

<sup>18</sup>Un buen ejemplo lo ofrece el politólogo Jon Elster y sus estudios sobre “lógica modal” y su aplicación al mundo de lo social. Elster, Jon, *Lógica y Sociedad: contradicciones y mundos posibles*, Barcelona, Gedisa, 1978 (2006).

### 3.1. La teoría de Santiago: La Complejidad y la dimensión social-cognitiva

La obra de Fritjof Capra, entre muchos otros, ha estado atenta a proporcionar un marco pertinente e innovador para lograr conectar las profundas implicaciones sociales de los principios científicos más recientes.

Capra advierte que para comprender *la vida* -sea ésta biológica o social pues existe una continuidad probada e incuestionable- las últimas teorías han acudido a la noción de dinámica no-lineal o como más comúnmente se le conoce: teoría de la complejidad.

Y es que definitivamente este es uno de los aspectos que más raya y contradice la supuesta actualidad del estatuto epistemológico de la *politología* en su versión de *Political Science*. El tono cientista bajo el cual se ha construido la ciencia política usamericana y que, sigue siendo particularmente influyente en el marco epistémico hoy, reivindica exclusivamente el rancio paradigma de la simplicidad, el cual hoy no sólo resulta anacrónico sino sumamente obsoleto<sup>19</sup>.

De la mano de la *complejidad* se postulan “tres perspectivas de la vida”, cada una de las cuales están presentes en la naturaleza de los sistemas vivos: a) el “patrón de organización” ó *forma*: la configuración de las relaciones entre sus componentes que determina las características esenciales del sistema; b) la “estructura” ó *materia* del sistema ó la “encarnación física” de su respectivo patrón de organización; y, c) el *proceso vital* o simplemente el *proceso* continuo de encarnación (Capra 2003, 103).

En lo fundamental esta síntesis reconoce que cualquier fenómeno biológico necesariamente incorpora estas tres perspectivas:

*(...) las tres perspectivas de la naturaleza de los sistemas vivos antes mencionada corresponden al estudio de la forma (o patrón de organización), de la materia (o estructura material) y del proceso... Al estudiar los sistemas vivos desde la perspectiva de la forma, descubrimos que sus patrones de organización son los de una red autogenética. Desde la perspectiva de la materia, la estructura material de un sistema vivo es una estructura disipativa, es decir, un sistema abierto que opera lejos del equilibrio.*

Y continúa Capra:

*Finalmente, desde la perspectiva del proceso, los sistemas vivos son SISTEMAS COGNITIVOS, en los que el proceso de cognición está íntimamente*

<sup>19</sup>Para un análisis sobre el anacronismo y la obsolescencia de la *Political Science* y especialmente de su plataforma epistémica, el “modelo Easton-Lasswell” (*input-output*), Puello-Socarrás, José Francisco, “La dimensión cognitiva en las políticas públicas. Interpelación politológica”, *Revista de Ciencia Política* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia) No. 3, Enero – Junio de 2007, pp. 70-76. Los últimos 20 años la metodología en la *Political science* ha estado dominada por una aproximación econométrica y la utilización de “técnicas refinadas” que se limitan en su aplicación a los *modelos lineales* bajo el trasfondo del modelo eastoniano. Estos modelos *lineales* por su misma naturaleza hacen parte del *paradigma de la simplicidad* mientras que los “no-lineales”, relacionados con la *complejidad* “sólo tienen una pequeña porción de extensiones y aplicaciones” en la disciplina. (Jackson, 1996: 72). Lo anterior no se limita al “cuantitativismo” – como cree, en su *mea culpa*, entre otros Sartori - sino también incluye a los enfoques cualitativos convencionales pues lo mismo sucede con “nuevos” arreglos como el *sendero de dependencia* o “viejos” diseños – imperantes en la metodología de la *comparative politics* hoy -hablamos del método del “acuerdo” y la “diferencia” de John Stuart Mill, formalizado por Przeworski y Teune en 1970-, que - en opinión autorizada de autores de los mismos círculos intelectuales que los avalan, resultarían: problemáticos, hazardosos, no-sistemáticos, limitados, simples, débiles, etc., en últimas, problemáticamente “científicos”. Cfr. Ragin, Charles, Berg-Schlosser, Dirk y de Meur, Gisèle, “Political Methodology: Qualitative methods” en Goodin, Robert y Klingemann, Hans-Dieter, Op. Cit., pp. 749-768.

*ligado al proceso de autopoiesis*<sup>20</sup> (...) (Capra 2003, 104, énfasis propio) .

Aquí el reconocimiento de la dimensión cognitiva es un hecho capital.

Este elemento merece una mayor consideración en la medida en que se extienden las implicaciones sociales de los sistemas vivos. En *lo social* – entendido en su máxima expresión – tendríamos que entrar a considerar una *cuarta perspectiva adicional* que es inapelable para la comprensión de estos fenómenos: la cuestión del significado.

*Al tratar de extender la nueva comprensión de la vida al ámbito social, nos encontramos de inmediato enfrentados a una increíble multitud de fenómenos – normas de conducta, valores, intenciones, objetivos, estrategias, diseños, relaciones de poder... - que no tienen papel en el mundo no humano, pero que son esenciales en nuestra vida social. Sin embargo, TODAS ESAS FACETAS DE LA REALIDAD SOCIAL COMPARTEN UNA CARACTERÍSTICA BÁSICA COMÚN (...) LA COMPRENSIÓN DE LA CONSCIENCIA REFLEXIVA... INEXTRICABLEMENTE VINCULADA A LA DEL LENGUAJE Y SU CONTEXTO SOCIAL. Este argumento puede ser expresado a la inversa: la comprensión de la realidad social está inextricablemente vinculada a la de la consciencia reflexiva* (Capra 2003, 106, énfasis propio).

Hasta el momento pretendemos enfatizar éstas dos últimas dimensiones: la cognitiva y la hermenéutica (significado/sentido) pues ambas son constitutivas - y sin las cuales sería impensable - “lo social”.

Esta referencia a pesar de la novedad en esta exposición ya había sido enunciada desde la biología por Humberto Maturana y Francisco Valera y que hoy se conoce como la *Teoría de Santiago de la cognición*. Esta postura identifica el proceso de conocimiento con el proceso de la vida - “*la cognición es el proceso mismo de la vida*” (Capra 2003, 61)<sup>21</sup>.

El argumento cobra mucho más valor heurístico cuando se recuerdan las contribuciones hechas antes desde la sociología del conocimiento de Wright Mills ó de Berger y Luckmann o las del mismo Pierre Bourdieu y el *estructural-constructivismo*. Sin embargo, haciendo memoria, los aportes instalados por estos pensadores simplemente es haber rescatado adecuadamente propuestas que para los enfoques dominantes simplemente son vestigios obsoletos de la filosofía decimonónica, del tipo Marx, Nietzsche o Freud, o un exotismo promovido por la incómoda antropología desafiante -pienso entre otros en Lévi-Strauss- no tenidos en cuenta o adoptados con desconfianza en términos del análisis político convencional.

Pero la conclusión paradigmática de estas tentativas es poner de relieve la *construcción social de la realidad*. Máxima que también “puede ser expresada a la inversa”: *que – tal y como habíamos anunciado - la realidad se construye socialmente* (Puello-Socarrás 2006).

Las consecuencias inmediatas de lo anterior siguen tornándose todavía más relevantes cuando se reconoce la existencia de una dimensión social - a la vez cognitiva

<sup>20</sup>Los esquemas convencionales de la *political science* y la *comparative politics* son incapaces de asumir aspectos complejos como la autopoiesis, en tanto, este tipo de procesos “escapan a las relaciones input y output”. El pensamiento tradicional, no dejamos de insistir, se ubica en el de los procesos alopoieticos dentro de paradigmas de la simplicidad (Guattari 1996, 54).

<sup>21</sup>Guattari (1996) – entre otros - plantea críticas muy sugestivas a la postura de estos autores y extiende todavía más los argumentos en la dimensión social-colectiva y política, desde luego.

y hermenéutica, es decir, en términos generales: simbólica - en la construcción de la Realidad que no es otra cosa que cuestionar, por un lado, el supuesto carácter objetivista -ó en el otro extremo, subjetivista; en todo caso, la separación radical entre el objeto y el sujeto- de la realidad social. Al mismo tiempo y por el otro lado, reivindicar el papel de las ideas, los valores, las actitudes, los referentes culturales, las representaciones, los imaginarios y las mentalidades sociales. Vale decir, mundo(s) otro(s) y radicalmente diversos que hacen parte de las realidades sociales múltiples.

Aquí de lo que se trata es incorporar *los marcos de producción del mundo* -en su dimensión de “orden”, “organización”, en últimas para nuestro caso: la realidad política- y los *marcos de interpretación*, es decir, la producción de sentido -precisamente, para que ese “mundo”, tal o cual “orden”, se tornen *significativos*, tengan un significado y sean efectivos- como dimensiones constitutivas e inexcusables en cualquier consideración sobre la dimensión social científicamente considerada<sup>22</sup>.

De lo anterior también se deriva otra cuestión. La realidad en igual sentido se *constituye* políticamente. *Construcción social, constitución política de la Realidad* son dos proposiciones que el estudio de la política no puede extraviar como allende el discurso científicista y no científico, de la *political Science* y sus sucedáneos se permitían en torno al supuesto mundo “neutral” que opera simplemente con intereses objetivos sin permitirse ir más allá de la complejidad constitutiva de lo real y su dimensión socio-política, siempre enaltecida y enriquecida constantemente por fenómenos simbólicos, distintos a los concebidos como “naturales”, “normales”, “civilizados” – sin ir más allá.

Estos hechos reclaman igualmente no olvidar que La Política retiene un carácter diversal, es decir, *diverso* e imposible de censurar desde cualquier *universo* particular o absoluto como sucedió con la realidad moderna neoeuropea o la contemporánea angloamericana que dictaba, de una vez y por todas y *ad infinitum* La Realidad -humana, social, económica y desde luego, política- *universal* y *unívoca*.

Esta es una herencia que ha estado bien anclada en la modernidad y, por supuesto, el pensamiento político contemporáneo no ha sido la excepción.

### 3.2. El Espíritu de Córdoba: la inevitable dimensión simbólica<sup>23</sup>

No es un secreto entonces que vivimos en medio de una profunda modificación de las perspectivas metodológicas y epistemológicas fruto del desarrollo científico y filosófico del siglo XX y que las ciencias sociales - incluida la politología - encaran en el naciente milenio.

En esta nueva tónica, la física contemporánea – denominada también “cuántica” – ha sido protagonista de la subversión del consenso epistemológico de la ciencia clásica. Una de las características de este movimiento – tal y como lo planteó Gastón Bachelard, casi un siglo atrás – y de la mano del “efecto Córdoba”<sup>24</sup> y los nuevos descubrimientos

<sup>22</sup>Lo que llamamos *realidad social* – plantea Žižek (2000, 2003 y 2006) - es una “construcción ética” que se apoya en un *como si*, en la *objetividad de la creencia*. Pues, tan pronto se pierde la creencia -no como un mero psicologismo, ya que esta creencia *se objetiva, se materializa* en el funcionamiento efectivo del campo social- “la trama de la realidad se desintegra”.

<sup>23</sup>Con base en: Durand, Gilbert, “Epistemología del significado”, *Mitos y sociedades: introducción a la metodología*, Buenos Aires, Biblos, 1996, pp. 43 y ss.

<sup>24</sup>Se trata de las conclusiones extractadas del famoso “Coloquio de Córdoba” celebrado en 1979 y en donde – recuerda Durand - “*por primera vez en siglos la física más moderna se sentaba en la misma mesa del convite con los antropólogos y los poetas*”. Allí se dieron cita intelectuales de las ciencias “exactas” -físicos, astrofísicos,



suscitados a partir de los trabajos de Einstein, Bohr o Heisenberg e igualmente de von Foerster, Lupasco o Morin, por nombrar algunas referencias, pueden sintetizarse de la siguiente manera:

*(...) invita al investigador a la humildad, probándole que el “objeto” no es tan objetivo como tal, que depende del sistema que lo manifiesta (teoría de la relatividad) y del procedimiento ineluctable de observación o, mejor aún, de instrumentación al cual está sometido (“relación de incertidumbre” de Wesner Heisenberg). Como lo subraya Bernard d’Espagnat, se abandona un concepto imperialista “de objetividad pesada” para situarse en una objetividad “oculta” por las relatividades, ligada al observador y a su observatorio (Durand 1996, 50).*

Diversas concepciones que han evolucionado frente a los tabúes tradicionales de la ciencia moderna, prueban sostener enseñanzas transferibles a nuestra propia actividad intelectual. Por ejemplo, frente a la noción de espacio, el cual en términos clásicos (racionalismo newtoniano) es de carácter *absoluto*.

El pensamiento científico clásico sitúa los objetos sobre coordenadas que los singularizan y los separan. En la mirada contemporánea - muestra D’Espagnat - por el contrario, cuando por ejemplo se emite *un sólo* fotón y se pone como blanco de un objetivo, digamos, más de un agujero (dos o mil, da igual) en una pantalla, lógicamente se pensaría que el fotón atraviesa por *uno sólo* de esos agujeros. No obstante, el fotón pasa efectivamente *por los dos, los cien o los mil agujeros* preparados. ¿Qué es lo que sucede? El fotón se difracta, es decir, manifiesta ubicuidad ya que al mismo tiempo puede estar en “dos, cien o mil lugares” del espacio a la vez -principio de “la no-separabilidad” de d’Espagnat. Esto lejos de ser un misterioso truco publicitario es un hecho empírico y experimental de ¡la física actual! Así funcionan nuestros televisores.

Heisenberg, igualmente, ha probado que si se quiere localizar (inmovilizar) un corpúsculo -un electrón en órbita alrededor del núcleo atómico- se perderían sus cualidades físicas ya que el electrón obtiene la energía física de su cinética alrededor del núcleo: si se lo inmoviliza para identificarlo pierde sus cualidades. Entonces, en este ejemplo, hay que elegir: o se inmoviliza, o se guardan sus propiedades energéticas pero de esta manera se pierde su “lugar puntual” en el espacio del átomo -ecuación de incertidumbre de Heisenberg. Aquí también, como en el principio de la “no-separabilidad”, se incita re-pensar “la noción de identidad”. ¡El “dogma” de la epistemología y la filosofía hasta el siglo XX!

Más coloquialmente: se denuncia la imposibilidad de separabilidad *desujeto y objeto* - ¡base del conocimiento *objetivista clásico* y paradójicamente denunciado como el obstáculo ideológico de la filosofía y postulado que garantizaría la ciencia (moderna)! -pues si se separa el sujeto de su objeto, ninguno de los dos al final de cuentas *existe* en tanto ambos se constituyen recíprocamente.

Estas evidencias derivadas desde la teoría experimental de la física contemporánea ponen en duda las supuestas e irrenunciables virtudes de la organización de la realidad proyectadas desde la lógica formal y la razón (uni)causal que establecían parámetros

---

neurólogos, etc.- con *gente* de las ciencias “inexactas” provenientes de la antropología y la psicología que llegaron a muchas de las conclusiones que aquí presentamos

exclusivos de validez dicotómica y que, en terminología política, por ejemplo, fueron preparados como gobernantes/ó/gobernados para ahora explorar con legitimidad una razón simbólica, axiológica en los marcos epistémicos pero, con mayor relevancia aún, en las realidades sociopolíticas mismas.

Ahora, ¿qué consecuencias suponen estos “descubrimientos” – entre muchos otros – para los propósitos que aquí aspiramos?

La nueva tópica de la física contemporánea cuando fisura el pensamiento común de la modernidad clásica refuerza al mismo tiempo la dimensión simbólica y la efectividad del símbolo en la ontología de la realidad.

En lo fundamental, la producción de sentido, imposible si se separa el objeto del sujeto. En términos políticos, podría interpretarse en el papel dinámico que juega la *ideología* -en su versión amplia de *cosmovisión*- en la constitución de realidades políticas y sociales y también en la producción misma de las teorías, concepciones, metodologías, paradigmas, etcétera<sup>25</sup>. En este aspecto, sólo por nombrar algunas contribuciones que desde hace mucho plantean el núcleo de estas perspectivas: la síntesis de las múltiples determinaciones socio-históricas de Marx y más recientemente - los *sistemas históricos y sociales de referencia* de Cerroni – desafortunada y prácticamente, inadvertidas (Cerroni 1992).

Recuerda Gilbert Durand que René Thom sugirió al *símbolo* como *la coherencia de dos tipos de identidad diferentes* -“coherencia” en el sentido físico del término: dos cosas pueden ser puestas juntas sin que haya exclusión. La frase, a primera vista – para el pensamiento dicotómico clásico y que tanto influjo mantiene en las maneras convencionales de pensar la política – sería *paradójica* pues desde el conocimiento tradicional es imposible que existan dos principios de identidad (el tercero excluido de la lógica formal “aristotélica”).

Pero estos dos principios de identidad permitirían acceder simultáneamente:

- i) Un principio de “localización” ó *simbolizante: la simbolización llama al sentido por un nombre, una imagen, un concepto, el cual así denominado, remite a un léxico que “localiza”, a su vez, un tiempo (o un espacio), el más trivial. A esto se le ha denominado perfil (Bachelard) e identidad de localización (Thom).*
- ii) Un principio “No localizable” ó ubicado en *lo simbolizado* – la identidad de *no-separabilidad* según Durand – que consiste en la “colección no localizada de cualidades, de los epítetos que describe y define un objeto” (Durand 1996, 54).

Ambos principios - plantea Durand - “están ligados”, es decir, son perfectamente coherentes en tanto *“cada una de estas identidades no se da más que por la otra”* (Durand 1996).

Entre otras cosas porque la relación *sujeto-objeto* aquí es *inseparable*:

*(...) En el símbolo, lo inexpresable del simbolizado, necesita del medio de expresión del simbolizante. Viceversa, todo simbolizante no adquiere sentido más que remitiendo a lo inexpresable que él simboliza... El sentido*

<sup>25</sup>Nos referimos a “ideología” en el sentido en que derivamos este elemento anteriormente, *cosmovisiones, producción de sentido, lo cultural, etc.*, lejos de las referencias tradicionales que lo igualan simplemente como “ideas” o “doctrina” abstractas.

*inexpresable se expresa localizándose pero toda localización lexical, incluso reducida a la más estrecha semiótica, necesita, para no ser imbécil, cargarse del sentido (...).*

Por esto, la concepción de objeto desde estas incursiones permite afirmar:

*(...) El objeto simple, localizado “clara y distintamente”, ya no tiene esta “objetividad pesada” que tenía para Galileo, Descartes, Newton, Avogadro o Lavoisier. Ese objeto se destaca – otra expresión de d’Espagnat – de lo “real velado”. Yo agregaría que está “velado” por su carga más grande de semanticidad. Por eso incluso es más complejo: “el otro lugar” es más complicado que “el aquí-ahora” de las localizaciones espacio-temporales. Porque, por definición, “el otro lugar” funda la alteridad, funda la dualidad que es el incentivo de todas las pluralidades (...) (Durand 1996, 50).*

O para el caso del “tiempo” – absoluto o si se quiere, irrelevante dentro de la mecánica newtoniana -tanto como en la tradición fundamentalmente ahistórica de la *political science* y algunos enfoques de la *comparative politics*-, Wallerstein nos proporciona otro ejemplo sustancial y sintético sobre las cuestiones que venimos discutiendo, desde luego, aplicada en términos de la nueva cosmovisión científica en las ciencias sociales:

*(...) En contraposición con un tiempo que está ahí, un parámetro físico externo, Braudel presenta la pluralidad de los tiempos sociales, tiempos que se crean y, una vez creados, ayudan a organizar la realidad social y ponen límites a la acción social... Por un lado, hay múltiples tiempos sociales que se entrecruzan y deben su importancia a una especie dialéctica de las duraciones. Y, por el otro lado, ni el acontecimiento efímero y microscópico ni el concepto dudoso de realidad eterna pueden ser la base de un análisis lucido. Deberíamos ubicarnos sobre lo que yo llamaría EL MEDIO NO EXCLUIDO - tiempo y duración, un particular y un universal que son al mismo tiempo ambos y ninguno - si queremos llegar a una comprensión significativa de la realidad (...) (Wallerstein 2004, énfasis propio).*

La dimensión simbólica fundamental a la que acuden estos relatos (dimensión que permite transformar la univocidad tradicional en pluralidad múltiple, por ejemplo) es justamente lo que los análisis políticos sustentados en la hegemonía dominante y de la mano de la exacerbación lógico-racionalista imperante han omitido (o minimizado) metódica y estratégicamente.

Desde luego esta situación no ha sido en vano. Tampoco simplemente una operación intelectual, eminentemente erudita o simplemente epistemológica, *in vitro*. Tiene que ver con la productividad política del saber-poder en términos de la construcción de las realidades sociales y la constitución de las fuerzas sociales y políticas que la constituyen, por decirlo de alguna forma, *in vivo*.

Estaría fuera de nuestro alcance seguir desarrollando las varias aplicaciones específicas de estos giros epistémicos para la Ciencia de la Política. Sin embargo, esta miscelánea de alusiones podría contribuir hacia la apertura de otros horizontes y la renovación de las actitudes, métodos, temas, diseños e investigaciones<sup>26</sup>.

<sup>26</sup> “Mandar, obedeciendo” (EZLN), sólo por dar un ejemplo, es epistémicamente imposible de acceder o pensar

#### 4. Algunos postulados perniciosos que la Ciencia de la Política debe abandonar

Parfraseando a Charles Tilly, en la politología actual subsisten algunos *postulados perniciosos* – particularmente, en su versión de “ciencia política” - que impiden su liberación y que, como en la presente crisis de las disciplinas intelectuales, no se trata sino del síntoma revelador que el trance es el reflejo del malestar de sus profesantes.

Nos parece importante pues destacar algunos de los desafíos a los que se aboca una Ciencia *de la* Política de cara al siglo XXI.

Este inventario antes que pretender ser exhaustivo intenta enlistar algunos temas básicos que exigen ser repensados con urgencia para reconstruir el conocimiento en política con lo que ello significaría en términos de *nuestras* realidades.

##### 4.1. La fosilización científicista

Ante todo, habría que salir de la *fosilización científicista* (Fontana 1999, 261).

La teoría política tiene por responsabilidad establecer pautas de análisis de la Política en todas y cada una de sus dimensiones y perspectivas. Esta cuestión que suena a primera vista abstracta – incluso inmaculada - resulta ser muy concreta pues se refiere a las prácticas realmente existentes.

Una introducción *política* del pensamiento político y su teoría parece ser un primer paso. Reconocer que *toda* teoría política es a su vez *política* y que la producción y reproducción de conceptos, nociones, perfiles epistémicos, etcétera, no sólo advierten sobre la diversidad de visiones en torno a la política sino también tienen que ver con los compromisos políticos y las responsabilidades intelectuales -implícitos y explícitos- y sociales que los activan.

El científicismo imperante en la politología, sobre todo en su versión de *Political Science*, tan influyente en nuestros contextos y enseñanzas profesionales, es viva muestra de una actitud erudita abstracta que no se compromete – solo en apariencia pues su lugar de enunciación es precisamente *usamericano* - con la existencia como discurso y práctica sociopolítica que instituye (o destituye) realidades sociales y políticas ni responde a sujetos/actores reales, de carne y hueso<sup>27</sup>.

El efecto que ha provocado este perfil (y en algunas de sus derivaciones en los estudios actuales de la *política comparada*) ha sido abiertamente inconveniente. Ha logrado imponer una ciencia política *despolitizada* – una contradicción en los términos – y

---

desde lo convencional. Simplemente sería ininteligible, en tanto el pensamiento/conocimiento político basado en la lógica formal y, por lo tanto esencialmente dicotómico, impide reflexionar en esta doble identidad simultánea ¡que es completamente verosímil y real! Es más, uno de los axiomas más generalizado en *ciencia política* – originalmente de Mosca – impone: “gobernantes / gobernados”, o se manda o se obedece, nunca ambas “al mismo tiempo”. ¡Un axioma! Esta manera de conocimiento singulariza identidades y en general no permite pensar dinámicamente las problemáticas del poder con versatilidad o, como se dijo, fundamentado en la alteridad. Ni qué decir de nuestra intuición acerca de la *evaluabilidad* que anteriormente comentábamos.

<sup>27</sup>David Easton (1966, 17-34) considera que el aporte de los científicos sociales “desde afuera” de la ciencia política, estimulan el desarrollo de la disciplina. Más que inferir su debilitamiento, ello: “no es visto por Easton como una manera de sustituir carencias o dispensar a la ciencia política del esfuerzo que significa hallar nuevas vías de aproximación al fenómeno político”. Esta indicación del propio Easton en el capítulo introductorio a su obra, *Enfoques sobre teoría política* y titulado: “Introducción: estrategias alternativas en la investigación teórica”. Desde otro lugar el mismo autor reconoce: “*Las ciencias sociales se ocupan de la totalidad de la situación humana; por ello, si la investigación política prescinde los hallazgos de otras disciplinas, corre el peligro de reducir la validez de sus propios resultados y socavar su generalidad*” (Easton 1969, 25). Pero en la práctica, la ciencia política terminó o aislada en el análisis de la política como una cuestión limitada al “gobierno”, “el sistema político”, “la democracia *política* (poliarquía)” llevando a cabo una escisión entre “lo político” y “lo social” o subsumida en los enfoques reinantes de la sociología o la economía neoclásica.

*cientistas políticos* contruidos a partir de una suerte de identidad virtuosa e irrevocable entre *técnica* (de racionalidad instrumental y económica), *independencia* (frente a cualquier visión política) y *neutralidad* (ideológica), presupuestos del “auténtico” conocimiento politológico<sup>28</sup> (Puello-Socarrás 2009).

Este hecho resulta controvertible no tanto en términos del conocimiento político en sí mismo sino desde las mismas dinámicas sociales -sobre todo cuando se analizan los lugares de enunciación del conocimiento, es decir, a qué responden social y políticamente.

En lo fundamental, la política como acción y en tanto conocimiento son expresiones de luchas concretas entre diferentes - y la mayoría de las veces, contradictorios - proyectos políticos -cosmovisiones políticas, ¡las maneras de ver el mundo y la política!- y previenen sobre la reinención de la ciencia de la política y, desde luego, de la Política misma teniendo presente esta circunstancia.

Es insostenible por lo tanto intentar purificar la política de la ideología -en el sentido amplio del término- y la ciencia en política de ambas pues, por el contrario, política e ideología son presupuestos válidos de la producción científica, aunque para algunos -aún anclados en tradiciones anacrónicas- se resistan. Recordemos la imposibilidad en la ciencia contemporánea de separar a los objetos de sus sujetos.

Sabemos de sobra que las definiciones en las agendas de investigación social están moldeadas por las temáticas “relevantes” y los temas “fundamentales” que son, a su vez, definidos desde agendas políticas y de las políticas públicas -nacional e internacional- e instalan la relación de fuerzas del devenir político y, en este caso, también académico e intelectual.

Sorprende entonces que en los estudios actuales no se interroguen sobre qué cosa puede resultar de la conjunción entre aquello que se entiende por “ciencia” y por “política”. Más aún: ¿qué ciencia?, ¿qué política?; ¿cuál ciencia, cuál política?; ¿cuál ciencia para qué política?

Obviamente, no son preguntas para hacerse de una vez y para siempre, como han pretendido algunos con el ánimo de clausurar definitivamente el debate. Al contrario, debe ser la pregunta cotidiana, diaria; un asunto para derivar en alerta, constantemente y que está políticamente matizado.

Esta obligación, si verdaderamente pensamos que la Política no se la aproxima de cualquier manera, es pensar, conocer, reflexionar, disciplinada y *científicamente* la Política, apropiándonos de conceptos *políticos*, métodos y metodologías y, en últimas, de un sinnúmero de criterios que implican una responsabilidad intelectual.

El famoso *Informe Gulbenkian*, Comisión que estuvo conformada por un centenar de renombrados intelectuales y presidida por Wallerstein y al que hacíamos mención, llamó la atención sobre los problemas de las Ciencias Sociales, animando un nuevo comienzo. Dejó en claro que no se trata de recorrer el mismo camino.

#### **4.2. Elitismo congénito**

Pocas veces se ha advertido que la constitución teórica, epistemológica y práctica de la “ciencia política” convencional-hegemonica (*Political Science* usamericana) ha estado

---

<sup>28</sup>No obstante hay que señalar que la “despolitización” no puede concebirse en términos absolutos pues en últimas y en realidad es repolitización.

marcada por un fuerte carácter y profundos antecedentes elitistas.

Se omite por lo general que las primeras incursiones contemporáneas de *la política en tanto ciencia* durante el siglo XX se constituyeron adoptando/adaptando como base ideológica la llamada *teoría de las élites*, una postura que aunque originalmente fue abierta y expresiva de sus convicciones, con el paso del tiempo y la “evolución” de la disciplina – sobre todo en su aurora, con los enfoques “científicos” dominantes ya analizados – fue sistemáticamente encubierta.

Ciertamente existe una continuidad, contradictoria pero no por ello menos consistente, desde Mosca a Easton pasando por los aportes de J. Schumpeter y H. Lasswell, A. Kaplan y R. Dahl hasta las proyecciones neELITISTAS hoy presentes en las versiones de la ciencia política actual -como en Sartori-, que le imprimen una gramática elitizada a los análisis, conceptos, nociones o perspectivas de la disciplina en el sentido de promover la idea según la cual el poder, el gobierno, la democracia, en fin, la política en sentido amplio, se desenvuelven en un lugar social y político específico: las élites<sup>29</sup>. Es cierto que entre la *scienza* que soñaba Mosca y la *science* usamericana imperante saltan a la vista menos afinidades que inconmensurables divergencias. Sin embargo, para ser justos con la discusión, entre una y otra también existe también una convergencia problemática pero siempre llamativa de inspiraciones y apuestas.

En todo caso ya varios y desde hace mucho tiempo habían advertido sobre las *premisas elitistas* en la teoría “científica” de la política y sus peligros.

Y es que no hay que olvidar el éxito de la difusión teórica explícita ó implícita de la teoría de las élites -en su versión *liberal*, específicamente, la denominada escuela del plural-elitismo liberal- y la influencia ideológica que ésta le imprimiría al nacimiento de la *political science* usamericana, entre otros, bajo el auspicio de Harold Lasswell y Abraham Kaplan y, posteriormente, en las corrientes de los estudios comparados que siguen los mismos presupuestos<sup>30</sup>. Bobbio y Mateucci precisamente subrayaban que fue en los Estados Unidos donde la *teoría de las élites* adquiriría “pleno derecho de ciudadanía”.

Por aquellos años en el ambiente intelectual usamericano se introducían y discutían *renovaciones* del elitismo original a través de la traducción hecha por Lasswell del Tratado de Pareto, junto a Mosca, los elitistas clásicos. De hecho, el libro de Lasswell y Kaplan, titulado: *Who gets, what, when, how* (1935), una referencia inequívoca para la *Political Science*, se inicia con un capítulo titulado: “Élites” donde se propone que *el estudio de la política* es la investigación de la influencia y de los que la ejercen y de sus valores -deferencia, ingreso y seguridad. Los que obtienen la mayor parte de estos “valores” son *la élite*; el resto es la *masa*. A este respecto Bobbio agregaba:

(...) Al formular el concepto de élite, Lasswell apela explícitamente a la tradición de Mosca, Pareto y Michels. En el libro posterior, escrito en

<sup>29</sup>Para una ampliación de los detalles en relación con la evolución del pensamiento elitista, vinculado al desarrollo del pensamiento político y sus influencias en la *political science* y la *comparative politics*, Puello-Socarrás, J.F. 2005a. “Élites, elitismo, neELITISMO: perspectivas desde una aproximación politológica en el debate actual”. En *Espacio crítico* (Bogotá) No. 2. I Semestre. ; Estrada Álvarez, Jairo y Puello-Socarrás, José Francisco, “Élites, intelectuales y tecnocracia: calidoscopio contemporáneo y fenómeno latinoamericano actual” en: *Colombia Internacional* (Bogotá: Universidad de Los Andes) No. 62. Julio-Diciembre, 2005.

<sup>30</sup>La ciencia política como *disciplina empírica*, según Lasswell y Kaplan en *Power and society* [“Poder y sociedad”] (1.950) es “el estudio del modo como se conforma y comparte el poder”. De allí, Bachrach (1973:108) dirá: “En este aserto (...) Lasswell vuelve explícita la premisa central, aunque inarticulada, de Pareto y Mosca”.

*colaboración con Abraham Kaplan, POWER AND SOCIETY, articulando aún más el concepto, distingue la élite propiamente dicha, que está constituida por los que tienen el mayor poder en la sociedad, de la élite media [a la que denomina SEMI-ÉLITE], constituida por los que tienen un poder inferior, y de la masa, constituida por los que tienen el poder menor (Bobbio, Norberto y Matteucci 1981, 594).*

Siguiendo la misma tradición de los elitistas clásicos, Lasswell afirmaba que los miembros de la élite son *menos numerosos* que los de la masa, distinguiendo diversas *formas dominio* que no serían más que el correlato de las diversas *formas de poder* – según el autor, los modos de participación en la toma de decisiones - de una sociedad. Así concebido, el poder estaría controlado y sobre todo ejercido de acuerdo con los distintos tipos de élite.

Pero esta noción, en adelante axiomática para el estudio de la política, la élite propiamente dicha, la presenta Lasswell como aquellos individuos que poseen el poder dentro de un cuerpo político, es decir, “dentro del gobierno” (Bachrach 1973, 110-111). De ahí que la política -y su “ciencia”- excluya poco a poco a quienes *no lo poseen* -bajo estos términos-, las masas -de lo que se podría inferir, según esta concepción también: serían “inferiores políticamente”-, y en adelante este lugar social y sus sujetos resultasen eximidos de importancia y de relevancia políticas para el conocimiento pues la disciplina debe apuntar hacia la “exclusividad” y “autonomía” de un objeto de estudio preciso.

Otros conceptos alrededor de la *élite* como: el gobierno, influencia, el sistema político, la poliarquía entre otros y que reemplazaron las consideradas “viejas nociones” de clase social, poder político -en su sentido amplio-, Estado -como relación social- y Democracia -más allá del rito electoral- dentro del perfil de la *Political Science* y que todavía subsisten en algunas versiones de la *comparative politics*, a pesar de un supuesto regreso - por el ejemplo al concepto de Estado (vaciado, desde luego, como lo propone el neoinstitucionalismo) -mantienen el protagonismo exacerbado de *la élite* como centro de gravedad de la política y su estudio.

Como decíamos en relación con el *cientificismo*, la circunstancia histórica y hoy presente del *elitismo* no resulta ser simplemente un sin sentido ni una cuestión arbitraria al interior de la constitución epistemológica de la disciplina. Por el contrario, responde consistentemente a un perfil de ciencia en la política pensado “en sí” (hegemónica) y “para sí” -los intereses políticos, económicos, sociales, culturales, cognoscitivos, etc., de las élites y clases políticas y dirigentes- y la materialización de las realidades sociopolíticas, a diferentes niveles -global, regional, local- en concreto.

La cuestión es, sin embargo, indisciplinar y poner de cabeza estas creencias que no se justifican cuando se evalúa su verosimilitud desde su existencia social.

Se precisa entonces la construcción de una versión alternativa y contra-hegemónica que responda, enfatice y sea auténticamente expresiva de las condiciones, situaciones y necesidades protagonizadas por las grandes mayorías, las cuales nunca hemos abandonado la centralidad - incluso más trascendental - en términos de la vida política, máxime cuando observamos en términos de América Latina y el Caribe transformaciones y novedades recientes que marcan rupturas frente a los proyectos políticos anteriores pero que actualmente exhiben un déficit de inspección intelectual y

de propuestas desde las voces científicas de la política<sup>31</sup>.

Los vacíos en este sentido desde el punto de vista de los compromisos intelectuales de una nueva ciencia de la política y sus profesantes resultan inexpugnables.

## 5. Terminal. Por una (nueva) Ciencia de la Política

Lo que sí parece percibirse de todo esto es que si queremos innovar las comprensiones habrá que subvertir la politología en alguna otra cosa.

Una nueva actitud científica basada en una tópica actualizada tampoco significa hacer tabula rasa con lo hasta aquí ha sido conseguido. Aunque sí plantear transformaciones radicales, de raíz. De allí que frente a la tradicional *polito-logía* planteemos con base en lo antes descrito, dialéctica y complementariamente, su inverso: una *mítico-política* -una aproximación a la política desde el “mito”-, subversión de la primera y alternativa epistémica ya no basada en el *logos-ratio* (absoluto) sino en el *mythos* (múltiple).

Se trata del *mito* no en el sentido tradicional que la razón y lógica modernas lo han “irracionalizado” relacionándolo con lo fantástico o irreal sino como aquel parámetro simbólico, por definición, plural y crítico que se constituye desde una plataforma epistémica distinta, igualmente verosímil pero diferente y diferenciada de aquella instituida con el imperio del saber-poder imperante que la insubordinaba a los cánones convencionales – como ha sucedido, por ejemplo, con las imposiciones colonialistas en el saber ¡y en sus prolongaciones prácticas! – y que definitivamente re-conozcan la diversidad constitutiva presente en las múltiples facetas de la realidad física pero, sobre todo y con mayor urgencia, política y social. Para plantear *in extenso* el marco potencial de una Ciencia *de la* Política, compendiamos una cartografía tipificada e integrada para el conocimiento científico en Política alrededor de la tabla 1.

Nuestra notación en torno a la *mítico-política* (2) es consecuente con lo que Gilbert Durand caracteriza como “la profunda modificación de las perspectivas metodológicas y epistemológicas” en el desarrollo científico y filosófico del siglo XX y del naciente milenio (como las que hemos sintetizado antes) alrededor del “retorno del mito”, perfil científico que constituye hoy por hoy el emergente *nuevo espíritu científico*.

Apostar entonces por una Ciencia *de la* Política amplia significa, dialécticamente con su pasado *polito-lógico*, enfrentar los desafíos actuales y específicos más apremiantes hacia el futuro, animando a repensar la disciplina dentro de esta perspectiva.

Desafortunadamente estas propuestas han sido más bien poco advertidas en sus alcances y consecuencias epistemológicas más profundas. Apenas hasta tiempos recientes estas ideas han venido siendo involucradas con las discusiones y debates centrales de la disciplina y, no obstante los avances son lentos, auguran ser en el futuro muy consistentes<sup>32</sup>.

---

<sup>31</sup>Vale la pena rescatar que en dos escenarios regionales: el Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales de octubre de 2007 (Quito, Ecuador) y en la XXIII Asamblea General del Consejo de Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) de octubre de 2009 (Cochabamba, Bolivia) - ¡los lugares de enunciación! – se señalaba que la justificación hoy por hoy de las ciencias sociales estaba en su capacidad de transformación y recreación de su discurso a partir de realidades emergentes, distintas a la mera reproducción del pensamiento, en estrecha dialéctica de teoría y praxis. Una responsabilidad quizás débilmente articulada en términos del conocimiento y el análisis político actual.

<sup>32</sup>Las razones son múltiples. Principalmente, creemos, debido al perfil intelectual y académico que ha dominado el campo del pensamiento social hegemónico, al cual le ha sido funcional un saber-poder específico



| MATRIZ                 | VECTORES  | DIDÁCTICAS  | CRISTALIZACIONES  | EPISTÉMICAS  |
|------------------------|---|---|---|--|
| Ciencia de la Política | <b>1) Politología</b><br>Discurso Lógico-Racional (Logos-Ratio)<br>Paradigmas de la Simplicidad (Estáticas lineales)        | <b>Filosofía Política Antigua / Moderna</b><br>Discurso Filosófico matizado Científicamente   | Filosofía-científica Antigua<br>Greco-latina  | Antigua Epistémé Platónico-Aristotélica  |
|                        |   | <b>Ciencia Política Contemporánea</b><br>Discurso Científico matizado Filosóficamente         | Filosofía-científica Moderna<br>Neo-Europea   | (Antiguo) Espiritu Científico<br>Moderna Epistémé Clásica<br>Física Mecanicista Newtoniana |
|                        |   | Ciencia-filosófica en-tanto "Political Science"<br>Ciencia Política Contemporánea Usamericana |   |  |
|                        |   |   | Ciencia-filosófica en-tanto "Comparative Politics"<br>Política Comparada<br>Centro-periférica   |  |
|                        |   |   |   | Nuevo Espiritu Científico<br>Nueva Epistémé Contemporánea                                  |
|                        | <b>2) Mítico-política</b><br>Discurso Simbólico-Imaginario (Mythos)<br>Paradigmas de la Complejidad (Dinámicas no lineales) | Sub-versiones<br>Discursos Científico-filosóficos   | Post-estructuralismos<br>Funcional-estructuralismos<br>Estructural-constructivismos<br>Estudios Políticos sobre Lo Imaginario, Post y De/coloniales, Sub-alteridades y culturales<br>Intersticial-periféricas | Física Cuántica<br>No-newtoniana y avances complementarios                                 |

Figura 1: Política qua Ciencia

La liberación de las ataduras eruditas, epistémicas, conceptuales – muchas veces implícitas, invisibles - no se corresponden con nuestra realidad material, vital y/o existencial. Por ello, rogar por una *ciencia de la política* autóctona, alterna y nativa – alternativa -, liberadora y en perspectiva para reinventar por La Política nuestra es la tarea inaplazable por ir transformando las condiciones políticas actuales y el pensamiento político mismo.

Y esta es, sin embargo, una de las invitaciones que – pensamos – pueden derivarse de los intersticios que plantean las nuevas *epistémes*.

La misma realidad latinoamericana, o si se quiere, cualquier localización periférica de la geografía global, muestra de sobra la interesante intersección de “politicidades” y “culturalidades” eventualmente especiales y bastante específicas en nuestros contextos particulares. Desde el punto de vista de los modos de vida, las subjetividades del poder, las trayectorias históricas y proyectos sociales, desde luego, los propios horizontes de pensamiento y conocimiento autóctonos, no se dejan atrapar “por completo” (¡afortunadamente!) desde las categorías convencionales heredadas.

Sucesos relativamente recientes - el neo-zapatismo mexicano, las luchas populares indígenas andinas, las reivindicaciones de la democracia “de base” regionales en Colombia, los movimientos alternativos brasileños y argentinos, entre un calidoscopio amplísimo de ejemplificaciones a lo largo y ancho de NuestrAmérica - característicamente expresivas de lo latinoamericano y caribeño, siguen generando múltiples interrogantes que llaman, justamente, hacia una renovación de las aproximaciones y, al mismo tiempo, ruegan por transformaciones epistémicas radicales. Pues siempre hay que mantener en mente que:

*(...) todas estas civilizaciones no occidentales (v.gr. Nuestra América), muy lejos de fundar su principio de realidad sobre una verdad única, sobre un único procedimiento de deducción de la verdad, sobre el modelo único de lo Absoluto sin rostro y en el límite innominable, han establecido su universo mental, individual y social, sobre fundamentos plurales, por lo tanto diferenciados (Durand 2000, 19).*

Nunca antes como ahora sigue en vigor esa propuesta desencadenante con la que iniciábamos del maestro Orlando Fals Borda, pronunciada casi medio siglo atrás respecto de la sociología de su tiempo y que nos permitimos parafrasear para el conocimiento político: una ciencia de la política, subversiva y rebelde – entiéndase muy bien: que esté dispuesta a “volver a verter”, a *sub-vertir* – la miseria y el servilismo reinante y ofrezca posibilidades sólidas para una Politología liberadora y profunda, una Politología de la Liberación, una Nueva Ciencia *de la Política*, modesta contribución para la renovación de nuestras realidades<sup>33</sup>.

emparentado con el *Paradigma de las Luces* y una ciencia asentada en el determinismo y en los sistemas cerrados, en las matemáticas globalizantes y el axiomatico lógico-deductivo, que, como lo planteara así Michel Serres (1977, 9): “ha estado aliado a las grandes maquinarias de guerra” que son los Estados-nacionales, los Estados-razón.

<sup>33</sup>Cfr. Fals Borda, Orlando, “¿Es posible una sociología de la liberación”, en: *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México, Nuestro Tiempo, 1970.

## Bibliografía

- Aristóteles, Física, Libro III.
- Bachrach, P. 1973. Crítica de la teoría elitista de la democracia. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bobbio, N. 1985. Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política. Santafé de Bogotá: FCE.
- Bobbio, N. y Matteucci, N. 1981. Diccionario de política. México: Siglo XXI.
- Borón, A. 2000 "¿Una teoría social para el siglo XXI?". En Estudios Sociológicos [en línea], Vol. XVIII, No. 3.
- Bourdieu, P. 1993. "Génesis y estructura del campo burocrático". En Actes de la recherche en Sciences Sociales, No. 96-97.
- Bulcrouf, P. y J.C Vázquez. 2004. "La ciencia política como profesión". POSTData, No. 10, Diciembre.
- Busshoff, H. 1976. Racionalidad crítica y política. Bogotá: Editorial Alfa.
- Cansino, C. 2008. La muerte de la Ciencia Política. Buenos Aires: Suramericana.
- Capra, F. 2003. Las conexiones ocultas: Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo. Barcelona: Anagrama.
- Cassirer, E. 1946. El mito del Estado. México: FCE.
- Cerroni, U. 1992. Política: método, teorías, procesos, sujetos, instituciones y categorías. Bogotá: Siglo XXI.
- Durand, G. 1996. "Epistemología del significado", Mitos y sociedades: introducción a la metodología. Buenos Aires: Biblos.
- Durand, G. 2000. Lo imaginario. Barcelona: Ediciones del Bronce.
- Easton, D. 2002. "Political Science in the United States: past and present". En Easton, D., Gunnell, J. y Graziano, L. The development of Political Science. A comparative survey. London-New York: Routledge. (1991).
- Easton, D. 1966. Enfoques sobre teoría política. Buenos Aires: Amorrortu.
- Easton, D. 1969. Esquema para el análisis político. Buenos Aires: Amorrortu.
- Echandía, G. 1995. Introducción a la Física. Gredos: Madrid.
- Elster, J. 2006. Lógica y Sociedad: contradicciones y mundos posibles. Barcelona: Gedisa (1978).
- Estrada Álvarez, J. y Puello-Socarrás, J. "Élites, intelectuales y tecnocracia: calidoscopio contemporáneo y fenómeno latinoamericano actual". En Colombia Internacional (Bogotá: Universidad de Los Andes) No. 62. En línea: [http://colombiainternacional.uniandes.edu.co/datos/pdf/descargar.php?f=./data/Col\\_Int\\_No.62/06\\_Rev\\_62.pdf](http://colombiainternacional.uniandes.edu.co/datos/pdf/descargar.php?f=./data/Col_Int_No.62/06_Rev_62.pdf).

- Fals Borda, O. 1970. “¿Es posible una sociología de la liberación”. En *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. México: Nuestro Tiempo.
- Fontana, J. 1999. *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Guattari, F. 1996. “La heterogénesis maquina” en *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial.
- Hegel, G. W. F. 1979. *Sobre las distintas maneras de tratar científicamente el derecho natural: su lugar en la filosofía práctica y su relación constitutiva de la ciencia positiva del derecho*. Madrid: Aguilar (1802).
- Jackson, J. 1996. “Political Methodology: an overview”. En Goodin, R. y H-D. Klingemann. *A New Handbook of Political Science*. New York: Oxford University Press.
- Maffesoli, M. 1993. *El conocimiento ordinario. Compendio de sociología*. México: FCE.
- Mosca, G. 1995. *La clase política*. México: FCE.
- Ostrom, E. 2002. “Some thoughts about shaking things up. Future directions in Political Science”. En *PSOnline*, Junio.
- Prelot, M. 1961. *La ciencia política*. Buenos Aires: Tupac-amarú.
- Puello-Socarrás, J.F. 2005. “El mito de La Política: entre filosofías logomíticas y ciencias mitológicas”. En *Ciencias Sociales. Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas* (Quito: Universidad Central del Ecuador) No. 23, II Trimestre de 2005
- Puello-Socarrás, J.F. 2005a. “Élites, elitismo, neELITISMO: perspectivas desde una aproximación politológica en el debate actual”. En *Espacio crítico* (Bogotá) No. 2. I Semestre.
- Puello-Socarrás, J.F. 2006. *Política: Mito, Filosofía y Ciencia. Desde la politología hacia la mítico-política*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – UNIJUS.
- Puello-Socarrás, J.F. 2006. “Marxismos y elitismos: de Karl Marx a Gaetano Mosca (y más allá). Los conceptos de clase dominante y clase política”. En Estrada Álvarez, J. (comp.), *Teoría y acción política en el capitalismo actual*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Puello-Socarrás, J.F. 2007. “La dimensión cognitiva en las políticas públicas. Interpelación politológica”. En *Revista de Ciencia Política* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia) No. 3, Enero – Junio.
- Puello-Socarrás, J.F. 2008. *Nueva Gramática del Neo-liberalismo. Itinerarios teóricos, trayectorias intelectuales, claves ideológicas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Puello-Socarrás, J.F. 2009. “Más allá de la Política, menos acá de la religión. Elementos de los idolatrix religio ó en torno a las políticas religiones políticas”. En *El Príncipe* (La Plata: Asociación de Politólogos Bonaerenses) No. 2, Año 3, Agosto 2009.
- Puello-Socarrás, J.F. 2009. “Política qua Experticia. Élités intelectuales, tecnocracia, think tanks”. En *Revista de Ciencia Política*, No. 8, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Puello-Socarrás, J.F. 2009. “El NOBELiberalismo” [en línea]: [www.colombiadesdeafuera.wordpress.com](http://www.colombiadesdeafuera.wordpress.com).
- Puello-Socarrás, J.F. “El oráculo de los entusiastas. La teoría del Rational Choice en política: ¿una decisión irracional? (ante todo, después de todo)”. Mimeo.
- Quesada, F. 1997. “Sobre la naturaleza de la filosofía política”. En *Filosofía Política I*. Madrid: Trotta.
- Ragin, C., Berg-Schlosser, D. y de Meur, G. 1996. “Political Methodology: Qualitative methods”. En Goodin, R. y H-D Klingemann. *A New Handbook of Political Science*. New York: Oxford University Press.
- Rubio Carracedo, J. 1990. “La recuperación de la filosofía política”. En *Paradigmas de la política*. Barcelona: Anthropos.
- Sartori, G. 2002. “¿Hacia dónde va la ciencia política?”. En *Política y Gobierno*, Vol. XI, No. 2, II semestre.
- Serres, M. 1977. *El nacimiento de la Física en el texto de Lucrecio*. Valencia: Pretextos.
- Wallerstein, I. 2004. *Las incetidumbres del saber*. Barcelona: Gedisa.
- Žižek, S. 2006. “¿Cómo inventó Marx el síntoma” en Žižek, S. (comp.), *Ideología. Un mapa de la cuestión*. México: FCE, 2000.
- Žižek, S. 2006. *The parallax view (shorts circuits)*. Cambridge: MIT Press.
- Žižek, S. 2003. *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zuckerman, A. 2009. “Advancing explanation in Comparative Politics”. En Lichbach, M. y A. Zuckerman (eds.), *Comparative Politics. Rationality, culture and structure*. Cambridge: Cambridge University Press.